

Prólogo:

El porqué de este libro

*Estas cosas que yo pienso
no salen por ocurrencia.
Para formar mi experiencia
yo masco antes de tragar.*

En el mes de octubre de 2003 salió a la luz mi trabajo anterior, *Ay, pena, penita, pena...* Luego vinieron las presentaciones y demás. Disfruté enormemente de las mismas, es verdad, pero un día, volviendo a Madrid después de una presentación en Jaén que me había parecido especialmente brillante, empecé a considerar que no quería que la gente, que mis lectores pensarán en mí como alguien asociado exclusivamente a la pena. Tengo mis penas, claro que sí, pero sólo forman una parte de mí. Están ahí y eso está bien, pero yo soy mucho más.

Entonces, en esa vuelta a casa en autobús, comenzó a tomar cuerpo la idea de escribir un nuevo libro sobre un tema radicalmente diferente. Bueno, tal vez no sea del todo exacto eso de “radicalmente diferente”. Mi nuevo libro iba a tratar sobre el niño interno, sobre la autoestima, sobre el modo de ir desarrollándola... So-

bre la alegría de vivir, en esencia, pues si la autoestima es el aprobado necesario, la alegría de vivir es el sobresaliente. Pensé incluso un título que luego fue desechado y, mientras continuaba mi viaje de vuelta en ese autobús, apareció la idea del primer capítulo que luego se convirtió en título del libro. Así está bien.

Y creo que ha sido un buen hallazgo. Así está bien. Avanzando a trancas y barrancas, tropezando, cayendo, volviendo a incorporarme, y sintiendo que así está bien. Aunque a veces no me guste, claro que no, pero así sigue estando bien.

Y decía que no era del todo exacto eso de “radicalmente diferente” porque, desde el primer momento, sentí que este libro también contendría algunos de los temas que habían aparecido en mis libros anteriores. ¡Cómo podría ser de otro modo si era el mismo autor, si era la misma vida, si era casi el mismo acercamiento! Pero a veces he tenido que resistir la tentación de tomar un capítulo de mi tercer libro, otro de *Los milagros suceden*, otro de... pues, si lo hiciera de ese modo, además de perder lectores, perdería también la posibilidad de disfrutar escribiendo éste. Y ese disfrute es para mí algo muy real.

Pero algunas cosas tal vez le suenen a repetidas o a conocidas. Así está bien. No puedo evitarlo. Espero, eso sí, que también le sirvan a usted en este momento para seguir avanzando.

Dicen que a las bodas conviene ir vestido con algo nuevo, algo viejo y algo prestado. A esta boda, a este encuentro entre usted y yo, acudo con algo nuevo, con algo viejo y con algo prestado. Lo nuevo es, naturalmente, la razón de ser de este libro. Lo viejo es, como decía en el párrafo anterior, lo que tal vez le suene a repetido. Como repetidos son los versos de Atahualpa

Yupanqui, que hace ya casi 40 años que me acompañan endulzando mis días y mis noches.

Y a propósito de los versos de Atahualpa que encabezan este Prólogo, quiero destacar que ningún libro sustituye la experiencia, sino que es una representación de la misma. O, mejor, una de las posibles representaciones de la misma. Observaré que en casi todos los capítulos hay una tesis que luego es discutida en busca de una mayor ecuanimidad. Eso es lo de “mascar antes de tragar”. Confío en que usted también cuestione dicha tesis y pueda llegar a hacer su digestión, su síntesis. No crea nada de lo que se dice aquí a no ser que compruebe usted mismo su validez.

Dentro de lo prestado quiero expresar mi agradecimiento a Ediciones La Llave, de Vitoria, por permitirme usar el poema *Interrelación*, de Thich Nhat Hanh, que aparece en su libro *Llamadme por mis verdaderos nombres*. Y también a Manuel Alcántara por su generosidad al dejarme emplear sus poemas, y hacer que pareciera un regalo que yo le hacía. Ojalá yo pueda corresponderle en algún momento.

Igualmente dentro de lo prestado, recuerdo que en mi primera juventud me sentí fascinado por el libro de Friedrich Nietzsche, *Así hablaba Zaratustra*. Me gustaban las exposiciones de Zaratustra, viejo (algo por encima de los 40 años) y sabio, y me encantaba la reiteración de acabar cada capítulo con la contundencia de la frase del título. Sé que no sólo me ha gustado a mí, pues el propio Vicente Blasco Ibáñez emplea ese recurso en su novela *La horda*. De modo que yo, algo más viejo y bastante menos sabio que Zaratustra, pago en este libro esa deuda de juventud.

Así está bien.

También quiero dejar constancia de que valoro enormemente las críticas, los comentarios, los elogios cuando los hay... la retroalimentación, en suma. Es que el trabajo del escritor es muy solitario, vaya que sí, pero siempre puede recibir el estímulo de sus lectores. Así que, si desea valorar, corregir o discutir algo, no deje de ponerse en contacto conmigo en la dirección de la editorial. Los libros son seres vivos que van cambiando, y éste quiere serlo así. Además, me encantaría que algún día, Dios sabe cuándo, pudiéramos encontrarnos en algún curso o seminario.

Recuerdo a este respecto un curso en Almería, hace ya bastantes años. El curso había transcurrido a lo largo de dos fines de semana y, cuando estábamos en el segundo domingo, es decir, a escasas horas de terminar, a uno de los asistentes se le encendió la mirada, pidió permiso para hablar y exclamó:

—Dime una cosa: ¿Por ventura no serás tú el autor de *Salir de la botella*?

Pues sí, por ventura era yo. Ojalá un día sea usted quien, por ventura, repita esa intervención.

De modo que comencemos. Para reforzar nuestra autoestima, desarrollar nuestra alegría de vivir y potenciar a nuestro niño, sin importar cuál sea nuestra edad en este momento. Comencemos y vamos adelante. Despacio y sin prisas, que hay tiempo y no es tarde, tal como recomendaba Juan Ramón Jiménez:

¡No corras, ve despacio,
que adonde tienes que ir es a ti solo!

¡Ve despacio, no corras,
que el niño de tu yo,
recién nacido eterno,
no puede alcanzarte!